

AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ

- I. *Felipe Fernández Caballero*
- II. ***Guía para lectura y predicación del CEC***

I. MENSAJE CENTRAL

José, de la estirpe de David, del linaje de Abrahán, creyó en la palabra de Dios. Su fe venció temores y oscuridades. Tras el anuncio del ángel, aceptó la tarea de paternidad que se le encomendaba y ofreció su cooperación imprescindible a la obra de la salvación.

LECTURAS

1. “Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo”

Sm 7, 4-5a.12-14a.16

La profecía de Natán deja entrever la aparición de un descendiente ideal, Jesús, hijo de David, que dará cumplimiento a todas las aspiraciones y esperanzas que se tenían depositadas en la dinastía davídica

Las relaciones especiales entre Dios y la dinastía davídica se expresan, en este oráculo: Seré para él un padre y él será para mí un hijo. La profecía de Natán elabora lo que podríamos llamar la carta magna de la monarquía y dinastía davídica: Tu casa y tu reino subsistirán para siempre ante mí.

La profecía de Natán (2 Sm 7,) es la continuación lógica de 2 Sm 6. Una vez en Jerusalén el arca del Señor, pedía un templo en el que habitar; por su parte la esterilidad de Micol, hija de Saúl, planteaba el problema de la descendencia o dinastía davídica; templo y descendencia son los dos ejes de la profecía de Natán. Jugando con la doble acepción del sustantivo "casa", que puede significar "casa de Dios" (templo) y "casa real" (familia o dinastía), la profecía de Natán elabora lo que podríamos llamar la carta magna de la monarquía y dinastía davídica: *Tu dinastía (casa) y tu reino subsistirán para siempre ante mí* (2 Sin 7,16).

Refiriéndose a esta profecía-promesa, David la califica de "pacto- alianza". De hecho, la elección de Jerusalén como ciudad santa, y la elección de la dinastía davídica como depositaria de las promesas divinas, venían a ser como los dos artículos de fe, los dos principios básicos, que inauguran una nueva etapa en la historia bíblica. El binomio "David-Jerusalén" se correspondía, y en cierta manera se contraponía, a la alianza sinaítica, o sea, al binomio "Moisés-Sinaí".

De carácter promisorio como la de Abrahán (Gn 15), la alianza davídica garantizaba, al menos, cuatro cosas:

– Relaciones especiales entre Dios y la dinastía davídica, expresadas en términos de filiación adoptiva: *Seré para él un padre y él será para mí un hijo* (2 Sm 7,14a; véase Sal 2,7; 89,26.27).

– La soberanía de Dios se hace presente y se ejerce a través de la dinastía davídica (2 Sm. 7,8.12.15.16).

– un reinado de prosperidad paz y justicia (2 Sm 7,10).

– un reinado eterno (2 Sm 7,16.19.25.29).

i)

El pacto de Dios con David y su dinastía va a ser el aval y argumento que mantenga alta la moral y viva la esperanza del pueblo en los momentos difíciles. Mientras se mantenga encendida "la lámpara de David" o mientras *David tenga una antorcha en Jerusalén* nada habrá definitivamente perdido (1 Re 11,36; 15,4; véase 2 Re 8,19).

La profecía de Natán constituye el punto de arranque del llamado mesianismo regio, es decir, la promesa desborda al inmediato sucesor de David, o sea, a Salomón (2 Sm 7,13 y deja entrever la aparición de un descendiente ideal que dará cumplimiento a todas: las aspiraciones y esperanzas que se tenía: depositadas en la dinastía davídica (véase 7,10-25; 9,16; 11,19; Miq 4,14; etc.).

2. "Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza"

Rom 4, 18.22

Dios confió a José la custodia de los misterios de la salvación. La eterna Alianza ha sido posible en parte, por la obediencia de José, como Abraham hizo posible la antigua Alianza

S. Pablo escribe su tesis sobre la "justificación". Dios "justifica" por la fe en Cristo, o dicho de otra manera: Dios salva por la fe en Cristo.

Anteriormente, Pablo había explicado que Abrahán fue justificado no por el mérito de sus obras, sino por su fe en la promesa de Dios y ello independientemente de la Ley.

Eso fue lo que le convirtió en padre de pueblos numerosos. El Apóstol nos describe el comportamiento de Abrahán: en ningún momento dudó en su fe. Creyó sencillamente en la promesa que Dios le había hecho, pese a todas las circunstancias humanas que estaban en contra. Más todavía: encontró su fuerza en la fe.

La fe de Abrahán es, de hecho, una certeza: Dios es el Señor de todo. Su fe está vinculada a este poder de Dios que puede llevar a término cuanto quiera. Este abandono a la voluntad y al poder de Dios justifica a Abrahán.

Pero S. Pablo, que se apoya en la Escritura, hace caer en la cuenta de que la Palabra no se refiere solamente a Abrahán, sino también a todos los cristianos. Si tenemos fe somos herederos de Abrahán y, por tanto, herederos de la justificación. Recibimos la justificación, no por nuestros méritos sino por don gratuito de Dios, en

el mismo momento en que nos abandonamos en sus manos. Pero nosotros creemos en el Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos, entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Lo que faltaba a la fe de Abrahán era poder vislumbrar el poder de Dios y la misericordia que habría de manifestarse al enviarnos a su Hijo y al resucitarlo de entre los muertos

En esta festividad de S, José, la Iglesia quiere enaltecer al siervo fiel en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Es el tipo de Abraham realizado, como Jesús será la realización perfecta de la obediencia. La eterna Alianza ha sido posible en parte, por esta sumisión de José, como Abraham hizo posible la antigua Alianza. Por eso se ha elegido el salmo 88 como respuesta a la 1ª lectura. La oración primera lo subraya: Dios confió a José la custodia de los misterios de la salvación. Y la oración sobre las ofrendas recuerda el ejemplo de José que se consagró por entero a servir al Hijo de Dios, nacido de la Virgen María. Es lo que recuerda también el prefacio, que ve en este hombre justo, al servidor fiel y prudente a quien fue confiada la sagrada Familia y que veló como un padre sobre el Hijo único.

Evangelio: “José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”.

Mt 1,18-25

Mateo trata ahora de explicar cómo Jesús, nacido de manera misteriosa de María, forma parte del linaje de David y de Abrahán a través de José, que lo adopta como hijo.

La relación que existía entre María y José (Mt 1,18-19) implicaba un compromiso matrimonial estable, hasta el punto de que si la pareja tenía un hijo, éste era considerado hijo legítimo de ambos. Era una unión que sólo podía disolverse con el divorcio, y la ley de Moisés consideraba la infidelidad de la prometida una ofensa semejante a la infidelidad de la esposa (Dt 22,23-27). José, al conocer la noticia de que María está embarazada sin intervención suya, decide no delatarla, pues si lo hubiera hecho, ella habría sido juzgada como adúltera. Sin saberlo, José actúa de acuerdo con la voluntad de Dios, y por eso se dice de él que era justo. Esta justicia de José está más cerca de la actitud de obediencia a la voluntad de Dios que aparece repetidamente en este evangelio que de la idea legalista que los judíos tenían de ella.

El anuncio del ángel a José (Mt 1,20-24) sigue el esquema de los relatos del AT (véase Jue 13) en los que se anuncia el nacimiento de un personaje famoso: a) el anuncio está rodeado de signos divinos: ángel del Señor, sueño; b) que provocan miedo o estupor: no temas; c) el mensajero divino anuncia cuál será el nombre y la misión del niño que va a nacer: salvará a su pueblo; d) se da un signo que confirma el anuncio: cumplimiento de las Escrituras. Lucas se sirve de este mismo esquema para anunciar el nacimiento de Juan (Lc 1,26-38) y de Jesús (Lc 1,26-38). La función de estos anuncios es vincular a dicho personaje, ya desde su nacimiento, con el proyecto divino.

En la anunciación a José se hace una completa presentación de Jesús. En primer lugar se afirma su origen divino: *viene del Espíritu Santo*. Después se

anuncia cuál será su misión a través del nombre que su padre adoptivo le impone por mandato de Dios: Jesús significa «Dios salva», y la misión de Jesús será, precisamente, salvar a su pueblo de los pecados (Mt 1,21).

La figura de José es muy importante en este relato y en todo el evangelio de la infancia de Mateo. El ángel se dirige a él como *hijo de David* (Mi 1,20), para pedirle que reciba a María y al niño poniéndole un nombre. La imposición del nombre (Mt 1,21.25) es el rito a través del cual José recibe a Jesús como hijo. Mateo insiste en este detalle, porque en la antigüedad un niño no pasaba a formar parte de la descendencia paterna hasta que había sido reconocido por su padre o adoptado.

Jesús entra en la descendencia de David y de Abrahán gracias a la actitud obediente de José, el cual, actuando de esta forma, aparece no sólo como modelo de judío fiel a la ley, sino también de cristiano obediente a la voluntad de Dios

HOMILÍA

Dios organiza la vida y el mundo contando con el hombre.

Sus planes pasan por el "sí" o el "no" de aquellos a los que llama para su realización.

El que acepta la palabra de Dios y la acoge, entra en el plan salvador de Dios. Así ocurrió con María y con José: porque creyeron, dijeron "sí" a Dios. Y asumieron la misión de la paternidad del Hijo de Dios.

La persona de José: en él confluyen las promesas de Dios y su realización en el tiempo.

1.- En él alcanzan su plenitud *las promesas hechas a Abrahán y a David*:

- Por creer y por fiarse de Dios se prometió a Abrahán ser padre de muchas naciones, no en razón de una paternidad legal, sino en virtud de aquella que nace de la fe.

- Por querer levantar un templo en honor del Señor, David recibió la promesa de establecer un descendiente suyo como rey y consolidar su trono real para siempre

2.- El relato evangélico de hoy recoge *el cumplimiento de las antiguas promesas*: María "dará a luz un hijo" y José "le pondrá por nombre Jesús, porque salvará al pueblo de los pecados".

Varios aspectos del evangelio de hoy merecen ser tenidos especialmente en cuenta:

a) La actitud de José ante el embarazo de María, su mujer es, en un primer momento, de lucha interior entre el amor a ella y la duda acerca de su infidelidad. Él,

como "hombre justo", venía obligado por la ley a denunciar a su esposa para que fuese juzgada por un tribunal. José vive en carne propia el conflicto con el que Jesús se enfrentará a lo largo de su vida: la ley o la misericordia. Precisamente porque optó por salvar la vida de María, porque optó por la misericordia, porque supo comprender y perdonar, fue realmente justo.

b) De María se dice que "ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo". El Espíritu Santo, o el Espíritu de Dios, representa en toda la tradición bíblica el poder creador de Dios. Es el poder del Dios creador y dador de vida el que interviene para hacer surgir de María la Vida misma en la persona de Jesús.

c) La actitud de José ante el misterio de Cristo es equiparable a la de Moisés cuando se descalza y se tapa los ojos ante el misterio de Dios. José advierte que el Señor ha penetrado en su hogar, se siente abrumado y se quiere retirar, porque no se considera digno de estar en la proximidad de Dios. Sólo permanece en el ámbito de lo divino cuando, a pesar de su indignidad, se reconoce llamado a hacer lo que le había mandado el Señor.

d) En el momento de su anunciación, José no pronuncia palabra alguna. Simplemente "hizo como el ángel del Señor le había mandado". Este primer "hizo" es el comienzo del "camino de José": No hay ninguna palabra suya en los evangelios. Sólo se afirma de él que "hizo lo que le había mandado el Señor". Su fidelidad al mandato de Dios llena toda la vida de José y hace elocuente su silencio. Esa es la palabra que él ha transmitido como norma de existencia para todos los creyentes.

e) La misión fundamental que se le encomienda: ser el modelo de identificación del que Jesús aprenda a ser hombre. Aquí adquiere toda su grandeza la paternidad de José. Es secundario que Jesús no heredase ningún factor genético de José; lo importante es que de su ejemplo aprendió Jesús a ser fiel, honesto, honrado cumplidor de sus obligaciones, a crecer en estatura, en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres.

f) Ningún otro rasgo biográfico conocemos de José. Tal vez, en su anonimato, sea el modelo -patrono- de los millones de hombres y mujeres que de forma anónima son transmisores de una fe, constructores de un Reino de forma cotidiana y anónima, educando a sus hijos en la honradez y en el temor y amor de Dios.

II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La primera lectura está elegida en función del Evangelio. Mateo concede un especial relieve a San José en su relato de infancia, a diferencia de Lucas que se fija más en la figura de María. Ello es debido a la intencionalidad de Mateo de entroncar, por medio de José, a Jesús con David y su linaje.

* José es modelo de creyente. Como María, también “guardaba todo en su corazón”. La decisión de seguir los caminos de Dios, tan escasamente aclarados, como en el caso de Abraham, realza el mérito de quien siempre había confiado en el Señor y muestra lo singular de su vocación. Inscribiremos a San José en la nómina de los grandes convocados a quienes no se dan demasiadas explicaciones acerca de su misión y tarea.

SITUACIÓN HUMANA

Un curioso contraste suele sucedernos a nosotros mismos o en nuestro entorno. Cuando nos encontramos con una persona de la que podemos decir que es sencilla y buena, se nos llena el corazón de satisfacción y la admiramos. Y nos resulta atrayente. Sin embargo, y aquí viene la paradoja, no solemos imitar a quien tanto nos ha asombrado.

LA FE DE LA IGLESIA

La fe

_ José en el Nacimiento de Jesús:

“... José fue llamado por Dios para ``tomar consigo a María su esposa", encinta ``del que fue engendrado en ella por el Espíritu Santo", para que Jesús, ``llamado Cristo" nazca de la esposa de José en la descendencia mesiánica de David” (437).

_ La concepción virginal: 496. 532. 534.

La respuesta

_ La obediencia de la fe:

“El Antiguo Testamento es rico en testimonios acerca de esta fe. La carta a los Hebreos proclama el elogio de la fe ejemplar de los antiguos, por la cual ``fueron alabados". Sin embargo, Dios tenía ya dispuesto algo mejor: la gracia de creer en su Hijo Jesús, ``el que inicia y consuma la fe"” (147; cf 1655).

_ San José, abogado de la buena muerte: 1014. 1020.

El testimonio cristiano

_ La obra divina sobrepasa toda comprensión humana y reclama la obediencia: “Los relatos evangélicos presentan la concepción virginal como una obra divina que sobrepasa toda comprensión y toda posibilidad humana: ``Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo", dice el ángel a José a propósito de María, su desposada. La Iglesia ve en ello el cumplimiento de la promesa divina hecha por el profeta Isaías: ``He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo" (Is 7,14 según la traducción griega de Mt 1,23)” (497).

El Bautista dijo que “convenía que él menguase para Cristo creciera”. Ni José ni María han dicho eso; pero con sus silencios y plena aceptación de los proyectos de Dios han sido más elocuentes.